

LA INCLUSIÓN EDUCATIVA EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA

**Serie:
EDUCACIÓN DE CALIDAD
PARA EL CHILE DE HOY**

**Cardenal Ricardo Ezzati, sdb
Arzobispo de Santiago**

LA INCLUSIÓN EDUCATIVA EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA

(c) Arzobispado de Santiago. Vicaría para la Educación

Registro de Propiedad Intelectual N°: 266.645.-

Diseño y diagramación: Edith Ortiz Parra
Impreso en: Gráfica Nueva

Cienfuegos 51, Santiago
Fono: 225622330
email: ved@iglesia.cl
www.vicariaeducacion.cl
Santiago, junio de 2016

Se puede reproducir y traducir total o parcialmente el texto publicado siempre que se indique la fuente y no se utilice para fines lucrativos

ÍNDICE

PRÓLOGO _____ **05**

**LA INCLUSIÓN EDUCATIVA EN EL AÑO
DE LA MISERICORDIA.**

Cardenal Ricardo Ezzati, sdb

Arzobispo de Santiago _____ **07**

PRÓLOGO

En marzo de este año 2016 entró en vigencia en nuestra República de Chile una nueva ley de educación llamada *De Inclusión*¹. Fue una ley esperada y también discutida en muchos aspectos. Más allá de su formulación final nos alegramos sobremanera en que altas expectativas hayan entrado al ruedo y que como Iglesia se nos haya invitado a tomar parte para hacer nuestro aporte y hacer propios los gozos y las esperanzas de los hombres, de las mujeres, y en general, de las familias de nuestro país (cf. GS 1).

Tal como lo expusiera nuestro Arzobispo, Don Ricardo Ezzati, el pasado 12 de abril frente a la mayoría de los directores/as de los colegios católicos de la Arquidiócesis, la inclusión educativa es una expresión de la misericordia, pero no solo como un hecho puntual, sino como una actitud permanente. De esa manera el Sr. Cardenal interpreta adecuadamente al Papa Francisco, cuando éste invitaba a pensar en las “obras de misericordia”, implicadas en el año Jubilar convocado por él, pero en el ámbito concreto de la educación². Si bien es cierto estamos seguros de que el gozo de compartir el Evangelio no está determinado por ningún contexto o cambio social, al mismo tiempo tiene una respuesta para cada situación concreta. Por eso es importante hacerse la misma pregunta de siempre, pero en este nuevo escenario: ¿cómo ser Escuela Católica hoy? o ¿de qué modo la Educación Católica puede mantener su identidad acogiendo los nuevos desafíos culturales?

¹ Se trata de la Ley n°20.845, publicada el 8 de junio de 2015, y que originalmente se llama *De inclusión escolar que regula la admisión de los y las estudiantes, elimina el financiamiento compartido y prohíbe el lucro en establecimientos que reciben aportes del Estado*.

² Cf. Discurso Papa Francisco, en: Clausura Congreso Mundial de Educación Católica, *Educación hoy y mañana. Una pasión que se renueva*, 21 de noviembre 2015, Ciudad del Vaticano.

En esta búsqueda será necesario hacer el ejercicio para asumir todos los ajustes administrativos exigidos por la nueva normativa, pero más importante aún es encontrar en este escenario la oportunidad para volver a profundizar sobre la identidad de la Escuela Católica, reconociendo como lenguaje propio el sello de la inclusión que brota del corazón inclusivo del Padre que Jesús nos muestra y en el cual todos y todas tienen cabida. En esto tiene particular importancia que la ley garantice el pleno respeto a los proyectos educativos, recurso a partir del cual la sociedad valora la trayectoria educativa de la Iglesia.

Por esta razón, nos parece oportuno y pertinente destacar este documento como un aporte que da alma a la inclusión como eje transformador de una sociedad dramáticamente segmentada, contribuyendo a que nuestras escuelas sean verdaderas casas de puertas abiertas como bellamente nuestro Arzobispo lo señala en este documento de trabajo. Queremos dejarnos inspirar por el Año de la Misericordia para reafirmar la vocación pública de esa educación que impartimos en todos los sectores de la sociedad y, de esta forma, seguir renovando la pasión por educar.

Sea ese el desafío al presentar este bello texto.

Tomás Scherz, Pbro.
Vicario para la Educación
Arzobispado de Santiago

LA INCLUSIÓN EDUCATIVA EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA

Cardenal Ricardo Ezzati, sdb
Arzobispo de Santiago

La Escuela Católica, los educadores católicos son responsables de la evangelización de nuestra ciudad.

Quiero ver, junto con ustedes, las oportunidades que nos ofrece la Reforma Educacional en acto, la posibilidad que nos ofrece como cristianos de ser parte activa en una realidad que puede implicar temores, pero en la que queremos estar presentes con la impronta de ser Iglesia y Escuela Católica en el contexto de la educación chilena.

En primer lugar, quiero dirigirme a ustedes con un saludo muy cordial de aprecio y de confianza. Cada colegio católico de nuestra Arquidiócesis está llamado a ser una “casa de puertas abiertas”, y en este sentido, llamado a encarnar el Año de la Misericordia, que propone la puerta abierta como uno de sus signos fundamentales.

Sabemos que esa puerta abierta es el corazón de Cristo, que nos introduce en la experiencia de la misericordia del Padre. Y sabemos que esa puerta, es puerta siempre abierta, especialmente a aquellos que más necesitan.

Cada colegio católico de nuestra Arquidiócesis está llamado a ser una “casa de puertas abiertas”, y en este sentido, llamado a encarnar el Año de la Misericordia, que propone la puerta abierta como uno de sus signos fundamentales.

Cada colegio de la Iglesia, no solamente este año sino siempre, está llamado a ser una puerta abierta que acoge, más allá de los que pueden ser a veces nuestros criterios que dan bases y sustento a una calidad de educación. Una puerta abierta para todos, para que todos tengan acceso a la riqueza inmensa que nos propone la fe cristiana como proyecto de vida.

Cada colegio, cada Escuela Católica, está llamada a ser una verdadera escuela que prepara para la vida. Y los proyectos educativos de la Escuela Católica no se limitan a que los alumnos tengan un desarrollo del conocimiento, sino además, que sean una verdadera preparación para la vida; que los niños y los jóvenes alcancen madurez para actuar con libertad y siempre con verdad y rectitud.

Finalmente, cada una de nuestras escuelas está llamada a ser un lugar, un espacio

donde se respire la fe y donde la fe se aprenda a vivir. En la última Exhortación Apostólica, el Papa habla sobre el tema de la familia educadora de la fe y destaca la función del clima que debiera existir en una familia para que los valores humanos y la educación de la fe encuentren acogida en el corazón de los hijos.

La Escuela Católica, en ese sentido, está llamada también a ser una parroquia, no con las características de las parroquias institucionales, sino como un espacio donde se respira, se vive y se educa a vivir en la fe. Y, por consiguiente, rectores, educadores, en su comunidad son como un padre o como una madre de familia. Un maestro con autoridad moral, un apóstol

Los proyectos educativos de la Escuela Católica no se limitan a que los alumnos tengan un desarrollo del conocimiento, sino además, que sean una verdadera preparación para la vida; que los niños y los jóvenes alcancen madurez para actuar con libertad y siempre con verdad y rectitud.

de Jesucristo, que anuncia “la estatura alta” de humanidad que Jesucristo propone a toda persona en el Evangelio. En verdad, esta es la propuesta cristiana. Y en eso, vuelvo a insistir, el rector, la rectora, el director o la directora de colegio, tiene un papel significativo; es el papel que el papá y la mamá tienen en la familia, cuando acompañan a sus hijos en el crecimiento humano concebido y vivido desde el Evangelio de Jesús.

Por consiguiente, la tarea de un director o directora de un colegio de Iglesia no se limita a una simple tarea administrativa (siendo importante la tarea administrativa), su misión es mirar mucho más arriba, con los ojos de Jesús, la vocación de los educandos que están llamados a acompañar a lo largo de su proceso vital, y mientras dure su permanencia en una de nuestras obras de educación. Se trata de una misión mucho más sublime que administrar bien un colegio: es la misión de colaborar en el crecimiento orgánico de cada educando, para que progresivamente, a medida que vaya creciendo, alcance la estatura alta del Hijo de Dios.

Jesús, en este Año de la Misericordia de una manera muy particular, pero permanentemente, nos indica algunos rasgos fundamentales que deben acompañar la acción misericordiosa de un director o una directora de colegio.

Indico algunos de esos aspectos:

En primer lugar, la parábola del sembrador (Mc 4, 2-20)

El sembrador que sale a sembrar, sabe que no todo el terreno donde está llamado a echar la semilla es un terreno óptimo. Sabe que hay terrenos que tienen piedras, que tienen espinas, que tienen abrojos o que están muy secos.

Esta parábola indica cual es la actitud misericordiosa del educador cristiano y, de manera especial, del director animador de esas actitudes misericordiosas de sus colegas y de toda la comunidad educativa en la tarea de sembrar: sembrar con misericordia, sembrar con esperanza. Nuestra vocación no es una vocación de cosechadores, nuestra vocación y nuestra misión de educadores es la misión de ser sembradores. Por supuesto, sembradores inteligentes, que saben distinguir los terrenos, que saben acomodarse a los terrenos, pero fundamentalmente, una tarea de sembrador y, como nos dice el salmo, cuando el sembrador sale para sembrar, muchas veces siembra entre lágrimas y pesares, esperando la cosecha, pero sembrando constantemente con misericordia y con esperanza (Sal 126, 5-6).

Nuestra vocación no es una vocación de cosechadores, nuestra vocación y nuestra misión de educadores es la misión de ser sembradores.

La actitud misericordiosa de rector un de colegio católico está simbolizada también *en la parábola del crecimiento del trigo sembrado*. Jesús explica que no basta tirar la semilla de trigo bueno, hay que cultivar la paciencia de esperar que esa semilla caiga en lo profundo de la tierra, aceptar que, primero, sea un tallito verde, que crezca y llegue a ser una espiga madura, rica de muchos granos (Mc 4,27-28).

A veces, nuestras actitudes no reflejan esperanza, ni el camino misericordioso de la espera. Quisiéramos resultados casi inmediatos, que no existiera el tiempo que exige que la semilla penetre, germine en un simple tallo verde y madure finalmente en una espiga dorada.

El mundo de la educación requiere de hombres y mujeres de mucha capacidad de espera, de mucha confianza, de mucha paciencia. Allí se refleja otra dimensión de la misericordia, la que Jesús expresa también en otra parábola, la parábola de la higuera estéril (Lc 13,

6-9), cuando el campesino le dice al dueño de la higuera: “déjala todavía un tiempo, voy a cavar y echar abono para ver si da fruto”. El educador/a cristiano/a está llamado/a a vivir la paciencia, especialmente frente a jóvenes que parecieran ser insensibles o poco sensibles a los mensajes de vida que les ofrecemos. También nosotros a veces podemos caer en la tentación del dueño de esa higuera cuando dice “córtala, porque no da fruto”. Nos viene bien recordar que estamos llamados a vivir misericordiosamente, con la actitud del campesino, que pide al dueño de la higuera que la deje un año más, para ver si, cuidándola de manera más misericordiosa, podrá dar fruto y fruto abundante.

El mundo de la educación requiere de hombres y mujeres de mucha capacidad de espera, de mucha confianza, de mucha paciencia.

La espiritualidad de un director, de una directora de colegio católico, debiera encontrar mucha luz, mucha fuerza en la enseñanza misericordiosa de Jesús y en su estilo de vida. Y esto en el contexto propio de una escuela que no es simplemente un patio donde pasarlo bien, sino un espacio con exigencias propias, de calidad, de rigurosidad en el estudio, en la disciplina, etc.

Creo que en este Año de la Misericordia cada educador/a, cada rector y cada rectora, está llamado a escuchar la Palabra de Jesús. “Yo, el Señor y el Maestro, les he dado ejemplo para que ustedes también actúen de esta manera” (Jn 13, 13-15), que cada centro educativo católico llegue a ser una casa, una

escuela, un lugar donde se educa a la vida cristiana. Es decisiva la orientación que cada rector ofrece, de una manera muy singular desde el proyecto educativo de cada escuela, recorriendo —como también lo pide el Papa a toda la Iglesia— un camino, es decir, un itinerario de ideales, esfuerzos e iniciativas de toda la comunidad, que se vuelve emblemático, con gestos de acogida, de escucha, de atención, especialmente para los más excluidos y los más pobres.

En el campo de la educación, el Año de la Misericordia viene a ayudarnos a descubrir actitudes permanentes, hábitos que están llamados a encarnarse en la praxis de colegios y comunidades. Lo sabemos bien, y estamos muy agradecidos de ello, los cristianos de hoy somos herederos de un patrimonio educativo de calidad. ¿Cuántos santos y santas lo han cultivado en ambientes hostiles, generando proyectos educativos que tienen raíces en esta larga tradición del Evangelio?

Es decisiva la orientación que cada rector ofrece, de una manera muy singular desde el proyecto educativo de cada escuela, recorriendo —como también lo pide el Papa a toda la Iglesia— un camino, es decir, un itinerario de ideales, esfuerzos e iniciativas de toda la comunidad, que se vuelve emblemático, con gestos de acogida, de escucha, de atención, especialmente para los más excluidos y los más pobres.

Podemos preguntarnos, entonces, ¿cuáles son las actitudes permanentes, que el Año de la Misericordia está llamando a suscitar en los educadores cristianos, en la cultura del Chile de hoy, en el proyecto de educación de hoy, en esa realidad que estamos viviendo, a veces con mucha esperanza y a veces con muchos temores? ¿Cómo pasar del simple análisis de un proyecto a las riquezas que podemos verter en ese proyecto, desde nuestra identidad católica y en nuestros colegios católicos?

¿Cuáles son las actitudes permanentes, que el Año de la Misericordia está llamando a suscitar en los educadores cristianos, en la cultura del Chile de hoy, en el proyecto de educación de hoy, en esa realidad que estamos viviendo, a veces con mucha esperanza y a veces con muchos temores?

Todo esto pasa, en primer lugar, por nuestra inteligencia. Educar, y educar con calidad, es una tarea de inteligencia: la educación es un valor laico y, por consiguiente, tarea de discernimiento, de análisis. Significa pasar la reforma que nos proponen por nuestra inteligencia cristiana. Desde ella podemos aportar muchísimo al bien de la educación de todos y, en particular, a la educación cristiana de los jóvenes confiados a nuestra misión, sea cual sea la legislación que nos pone ciertas condiciones para poder realizarla. La fe cristiana se puede anunciar y germinar en todos los ambientes, en todas las culturas y en todas las circunstancias, también en las actuales de la reforma que estamos viviendo. Es urgente que la reforma educacional pase por nuestra inteligencia cristiana, para discernir lo valioso, lo menos valioso o lo completamente contrario, a la visión cristiana del hombre y de la comunidad.

En este sentido, la Iglesia, también cada una de sus comunidades educativas, es madre y maestra; engendra hijos mediante el anuncio de la fe y desde su identidad procura hacerlos crecer hacia la plenitud, desde una propuesta antropológica de comunión y solidaridad, en clave educativa, es decir, en clave de propuesta, de camino, de itinerario progresivo y orgánico hacia la madurez. Una mamá o un papá no le ofrece al niño de uno o dos años lo que le indica a su hijo adolescente, sin embargo, la meta es una, la verdad es una, aunque con medida diversa.

La vida de fe, como la maduración humana, encierra esta dimensión de iniciación, de propuesta orgánica de vida, centrada en la persona de Jesucristo, llamada a desarrollarse de acuerdo al crecimiento progresivo de la persona humana.

Por eso, comprender la misericordia es proponer caminos pedagógicos, espacios de escucha y de respuestas a preguntas que son propias de cada edad, que acogen y comprenden con simpatía también las rebeliones que encontramos en el camino, una pedagogía que se abre a la compasión de cada uno, compasión en el sentido etimológico de la palabra, y que implica hacer camino con todos, desde donde se encuentran.

A lo largo de los siglos, es posible reconocer un enorme patrimonio de pedagogía que la Iglesia continua promoviendo y valorando, renovando su pasión por educara través de procesos integrales que tiene como punto de partida el compromiso real

Comprender la misericordia es proponer caminos pedagógicos, espacios de escucha y de respuestas a preguntas que son propias de cada edad, que acogen y comprenden con simpatía también las rebeliones que encontramos en el camino, una pedagogía que se abre a la compasión de cada uno.

con las personas, las familias y la cultura y, sin embargo, no se queda ahí, sino que propone metas y prevé etapas para llegar a conocer, vivir y realizar mejor el proyecto de vida que Dios ha sembrado, como regalo, en el corazón de cada persona, en el corazón de cada educando.

El punto de partida no es el que nosotros juzgamos sea el ideal. El punto de partida desde el cual parte la misericordia del educador es la situación real, personal, cultural y psicológica de la persona. El “hombre fenoménico”, decía Pablo VI³.

El punto de partida desde el cual parte la misericordia del educador es la situación real, personal, cultural y psicológica de la persona.

El educador cristiano sale al encuentro y quiere ofrecer el ideal de la estatura alta de humanidad a cada persona: una persona libre y responsable, que toma y retoma el camino de una constante y gradual maduración integral y que avance en forma equilibrada. Para conseguir esta meta el itinerario ofrece pautas, señala etapas, en un recorrido progresivo, con un acompañamiento pedagógico, personal y comunitario, que imita la actitud misericordiosa de Jesús con las personas que se acercaban a él.

Por eso, el Año de la Misericordia nos viene a recordar el valor de esta actitud permanente, una actitud mayéutica podríamos decir, la del maestro y de la maestra, que invitan al “más” en el crecimiento y la maduración de un proyecto de vida de cada educando.

Característica esencial del modelo educativo de la Iglesia es la estrecha relación que se establece entre educación y evangelización. Uno de los defectos más graves que encontramos en nuestros colegios y en sus procesos educativos es el divorcio

³ Cfr. *El valor religioso del Concilio*. Alocución presentada por S.S. Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, en la Basílica Vaticana, durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio Ecuménico Vaticano II en: Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones, BAC. Madrid, 1967 N°8

entre el itinerario educativo de la propuesta cristiana y un concepto reductivo de educación de calidad, que se limita a conocimientos desligados de otras dimensiones, entre ellas la trascendente y religiosa de la persona.

Los proyectos educativos católicos deben superar la tensión entre educación y evangelización y recuperar la complementariedad entre ambas. Uno de los lemas característicos que viene de santos educadores y que la Iglesia hace presente, es que “educamos evangelizando y evangelizamos educando”, de tal manera que la evangelización penetra y transforma los procesos de comprensión, de conciencia, de libertad de las personas humanas, de modo que el Evangelio no llegue a ser adjetivo sino sustantivo de una educación de calidad que queremos ofrecer a nuestros educandos.

La evangelización propone a la educación un modelo de humanismo inspirado en el Evangelio para suscitar una auténtica formación que abra el corazón del niño y del joven a la verdad, a la belleza, a la compasión, al sentido de la vida, a la presencia de Dios en la propia existencia.

El Papa Benedicto XVI nos dijo que sin educación no hay evangelización, pero sin evangelización tampoco hay una educación profunda y verdadera, no hay crecimiento y maduración. No es posible un cambio de mentalidad y de cultura sin el aporte del Evangelio y de la fe.

La evangelización propone a la educación un modelo de humanismo inspirado en el Evangelio para suscitar una auténtica formación que abra el corazón del niño y del joven a la verdad, a la belleza, a la compasión, al sentido de la vida, a la presencia de Dios en la propia existencia.

Subrayar la dimensión educativa significa reconocer la centralidad del sujeto, acoger sus inquietudes, sus sufrimientos, sus anhelos y significa estar atento a sus deseos de autenticidad, de realidad, de libertad, de generosidad, de solidaridad, de tal manera que todo esto penetre y transforme sus opciones vitales. El carácter evangelizador de la educación está llamado a relevar en todos estos valores su dimensión de trascendente, de vida y de construcción de una sociedad que sea genuinamente fraterna.

Por consiguiente, educación y evangelización son para nuestros colegios, elementos

esenciales de una verdadera educación, que promueve el crecimiento de la persona humana hasta “la estatura más alta” que el proyecto de Dios propone. Y esto estamos llamados a anunciarlo y vivirlo, con un auténtico espíritu de misericordia, poniendo al centro la experiencia que nos ofrece este año: entrar por la puerta de Jesucristo, para encontrarnos con el proyecto de Dios, que es un proyecto de misericordia, de cercanía, de ternura, en el cual cada uno de nosotros puede ejercer y que inspira nuestra vocación de educadores.

Se trata de gestos pequeños, llamados a decir lo grande que es la misericordia de Dios, que el hombre tenga vida y la tenga en abundancia. Estas actitudes que son de misericordia hacia el educando, se vuelven también actitudes de misericordia para toda la comunidad educativa. Para los padres de familia, que muchas veces no viven la experiencia de misericordia con sus hijos, alegando que no tienen tiempo para ellos, muchas veces,

Subrayar la dimensión educativa significa reconocer la centralidad del sujeto, acoger sus inquietudes, sus sufrimientos, sus anhelos y significa estar atento a sus deseos de autenticidad, de realidad, de libertad, de generosidad, de solidaridad, de tal manera que todo esto penetre y transforme sus opciones vitales.

exigiendo a los educadores y sustrayéndose ellos mismos a la acción misericordiosa de acompañar a sus hijos en el crecimiento humano y cristiano.

Por eso, qué bueno que nuestros colegios tengan puertas abiertas para todos, que tengan puertas abiertas para acoger especialmente a aquellos que el Papa Francisco, en la encíclica “Laudato Si”, define como distantes. Qué bueno que nuestra Iglesia, que nuestros colegios de Iglesia manifiesten misericordia viva y qué bueno que tengamos la valentía, desde nuestro proyecto educativo, para que más allá de las urgencias nos hagamos cargo de acompañar a los más pobres.

Surge una pregunta para nuestros colegios de Iglesia: ¿Cómo llevar adelante los ideales de colegio católico, en un contexto laicista que no incorpora necesariamente este patrimonio eclesial en su política institucional?

Qué bueno que nuestros colegios tengan puertas abiertas para todos, que tengan puertas abiertas para acoger.

Qué bueno que nuestra Iglesia, que nuestros colegios de Iglesia manifiesten misericordia viva y qué bueno que tengamos la valentía, desde nuestro proyecto educativo, para que más allá de las urgencias nos hagamos cargo de acompañar a los más pobres.

¿Qué desafío implica para la educación católica, para los colegios católicos de Santiago, ser un centro educativo con identidad, en el marco de una ley que no necesariamente valora y acoge los principios de una educación confesional cristiana? Me atrevo a plantearles cinco desafíos para acoger las disposiciones de la “Ley de Inclusión” como corresponde a todo ciudadano y además para desplegar en ella toda la impronta de la tradición educativa de la Iglesia.

El primer desafío: la inclusión para nosotros debe transformarse en una oportunidad de ser misericordiosos como el Padre. Para ello, la actitud del buen samaritano puede ayudar a cada integrante de la comunidad educativa a entrar en este clima de misericordia. Como colegios de Iglesia necesitamos tener los ojos abiertos sobre la realidad compleja de los niños y de los jóvenes que acogemos bajo nuestro techo educativo. Ojos abiertos para ver “con los ojos de Jesús”, que es misericordioso como el Padre y nos invita a vivir como Él. Hay una dimensión afectiva en la tarea del educador muy importante. Un santo educador decía: “no basta amar, hay que amar hasta que el educando se sienta amado⁴”. Es conmoverse, o sea, educarlo afectuosamente con el corazón, acogerlo con una inquietud interior, que no termina, significa comprometerse con la vida de la comunidad educativa.

Como colegios de Iglesia necesitamos tener los ojos abiertos sobre la realidad compleja de los niños y de los jóvenes que acogemos bajo nuestro techo educativo. Ojos abiertos para ver “con los ojos de Jesús”, que es misericordioso como el Padre y nos invita a vivir como Él.

Jesús Buen Samaritano es quien nos desafía a ver en la inclusión una posibilidad de ser misericordiosos como el Padre con quienes son considerados como un “descarte”.

Finalmente, este primer desafío estimula a educar la interioridad de los jóvenes, cultivando en ellos la capacidad contemplativa, de asombro y caridad. Así, educandos y educadores podrán formar una escuela que descubre la inclusión como la posibilidad de transformarse en una comunidad misericordiosa como lo es el Padre.

⁴ Cfr. *Memorias Biográficas de Don Bosco*, Tomo XVII, Sueño 124, Roma, 1884, p.108-112.

El segundo desafío: frente a una política educacional que olvide la presencia de Dios, de la trascendencia, ¿cómo aprender, junto a los educandos, a ser buscadores de Dios, a ver la propia vida como una bendición? ¿Cómo promover una pedagogía del deseo de Dios educando la experiencia religiosa? Es un desafío grande promover la pedagogía del deseo de Dios, promover la pedagogía que acentúe la experiencia religiosa y de la oración. Para esto, no son suficientes las clases de religión si se reducen al conocimiento de temas, aunque sean temas de fe.

¿Cómo aprender, junto a los educandos, a ser buscadores de Dios, a ver la propia vida como una bendición? ¿Cómo promover una pedagogía del deseo de Dios educando la experiencia religiosa?

Tercer desafío: frente a propuestas de realización individualista, tan presentes en nuestra cultura, urge tener la audacia de proponer a los jóvenes la belleza de la comunidad, la belleza de ser entusiastas seguidores de Cristo, en una experiencia comunitaria de espíritu fraterno. Un desafío grande de los educadores es promover en la vida de los jóvenes una propuesta que los libere del individualismo, que los ayude a descubrir la vida como don a compartir en el amor.

Cuarto desafío: nuestra sociedad, junto al individualismo, sufre una crisis moral muy seria. Frente a ella tenemos que ayudar a los jóvenes a apropiarse de los valores fundamentales de la vida humana y de la vida cristiana: son los valores cívicos, morales, personales y sociales. El proceso educativo permite hacer reales los valores

Tenemos que ayudar a los jóvenes a apropiarse de los valores fundamentales de la vida humana y de la vida cristiana: son los valores cívicos, morales, personales y sociales.

ideales de la persona, la familia, la amistad, la solidaridad, el amor al saber, el amor al arte, a la belleza, a la contemplación y a la responsabilidad. En síntesis, jugarse para que cada joven acoja su propia vida como un don a compartir.

Finalmente, el último desafío que expresa la Misericordia y que los educadores debiéramos considerar, es el de acompañar a cada joven para que madure un proyecto de vida, que contemple el compromiso total de su existencia, responsable frente a su vida, de cara a la vida de los demás, de cara a la vida de la tierra, nuestra casa común.

Son cinco desafíos que destacan lo que significa ser misericordiosos como el Padre, que nos obligan a mirar nuestra tarea de educadores en el Chile de hoy; en esta cultura en la que estamos envueltos, con identidad cristiana y con pasión.

Concluyo, el Año de la Misericordia no debiera ser un acontecimiento puntual, sí un llamado a recordar una actitud fundamental de nuestra fe: hacer de la ternura, de la misericordia, de la presencia amorosa de Dios una luz en el camino de nuestra propia existencia y un estímulo de nuestra misión de educadores.

**OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
“EDUCACIÓN DE CALIDAD
PARA EL CHILE DE HOY”**

- Nº 1:** Por una educación pública, laica y gratuita.
- Nº 2:** La inclusión, expresión de nuestra identidad católica.
- Nº 3:** Educar: el cultivo de lo humano.
- Nº 4:** La enseñanza de la religión en las escuelas.
- Nº 5:** Los profesores y la pasión por educar.
- Nº 6:** La búsqueda de la gratuidad en la Educación Superior.

Disponibles en: www.vicariaeducacion.cl

“Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado”.

(Bula Misericordiae Vultus, 2)



ARZOBISPADO DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA EDUCACIÓN

Cienfuegos 51, Santiago. Fono 25622300
www.vicariaeducacion.cl